



MARZO 2021

D01-21

El debate público sobre el coronavirus: un test de políticos, profesionales y ciudadanos

Sobre el coloquio del programa Espacio Público
celebrado el 30 de noviembre de 2020

Director y redactor

Víctor Pérez-Díaz, Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Participantes

Víctor Pérez-Díaz, Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Benito Arruñada, Universidad Pompeu Fabra

Josep Maria Castellá, Universidad de Barcelona

Elisa Chuliá, UNED

Rafael Doménech, BBVA Research

Vicente J. Montes Gan, Fundación Rafael del Pino

Iván Moreno, Hospital de Llíria

Amadeo Petitbó, Fundación Rafael del Pino

Ángel Rivero, Universidad Autónoma de Madrid

José Sancho-Rof, Unidad Médica Anglo-Americana

Jorge Vilches, Universidad Complutense de Madrid

La pandemia del coronavirus, o covid 19, se inició en China en el invierno de 2019/2020, y se transmitió al resto del mundo en apenas unos pocos meses, habiendo llegado a la Europa mediterránea, España e Italia y otros países, en torno a enero/febrero de 2020. Desde entonces nos ha acompañado; y así lo hacía en el momento de celebrar un coloquio sobre la experiencia española acerca del debate público al respecto, patrocinado por la Fundación Rafael del Pino, el 30 de noviembre de 2020. La pandemia nos sigue acompañando hoy, al publicar este texto, escrito a partir de ese coloquio. Sigue su curso, y se supone que lo seguirá haciendo unos pocos, o bastantes, o muchos años.

La pandemia está siendo una experiencia terrible para los muchos millones de personas que la han sufrido y la sufren personalmente, pero además se nos presenta a todos en el contexto de un espacio público desconcertante; el cual está influido por múltiples factores. Entre ellos se cuenta el de un debate científico y sanitario muy complejo, pero que ofrece esperanza; y una discusión, con frecuencia confusa, sobre las formas de controlar la difusión de la pandemia y sobre su curación.

En ese espacio público se observa un despliegue de llamadas, por parte de líderes políticos y sociales diversos, a la responsabilidad y al aguante y la flexibilidad, así como al sentimiento de solidaridad de las gentes; exhortaciones que pueden ser más o menos persuasivas. En ellas se hace amplio uso de una retórica de la lucha contra la enfermedad, del doblegamiento de las curvas de casos y de sus supuestas tendencias, de la luz al final del túnel; tratando de transmitir así, con unas y otras imágenes, una sensación de control de los acontecimientos. Todo lo cual se combina con una práctica más pie a tierra, donde se despliega un entrecruzamiento incansable de tácticas y estrategias políticas de todo signo.

Este drama se representa en una especie de teatro cuyos mismos cimientos parece como si estuvieran sacudidos por una continua e intensa conmoción, la cual resulta de una crisis económica de efectos inmediatos y enormes proporciones, al menos en muchos países, entre los cuales se cuenta España: una crisis cuyo manejo, el que éste se haga de una manera u otra, afecta a su vez, al desarrollo de la misma.

En estas circunstancias, es necesario y urgente aprender a debatir con orden y concierto, a razonar juntos, con sentido común que compartan agentes muy distintos, por simplificar, políticos, profesionales y ciudadanos – capaces de aprender, y aprender lo antes posible. Para ello, conviene crear espacios de pausa y de reflexión, que faciliten ese aprendizaje. Una forma de hacerlo es mediante coloquios o conversaciones (como el que nos ocupó en noviembre pasado) que pueden estimular una conversación más amplia en el conjunto de la sociedad.

El riesgo de una información ruidosa y superficial

La experiencia de la pandemia en curso tiene, ante todo, una dimensión sanitaria; y ha puesto en evidencia algunos aspectos de la sanidad española, unos positivos y otros, no tanto. En el lado positivo, se puede encontrar la demostración de oficio y vocación de los profesionales sanitarios, y la confianza depositada en ellos por la sociedad. Otro aspecto sumamente positivo es que el sistema científico sanitario, a escala mundial, ha tardado relativamente poco en ofrecer la respuesta, no de un tratamiento, pero sí de una oferta amplia de vacunas. La ciencia ha generado así un horizonte de esperanza en poco más de un año.

En el lado negativo, hay varios temas críticos, que revelan errores a evitar, y sugieren reformas por hacer. Muchos piensan que se han revelado debilidades importantes en el sistema de asistencia primaria, y, todavía mayores, en el sistema de residencias de mayores. Sin atención ni cuidados sanitarios suficientes, las residencias se han convertido, en todo el mundo, en un foco de riesgo extremo para sus residentes.

La información ha resultado ser demasiado ruidosa, superficial y deslavazada. Las clases dirigentes, las instituciones y los medios se han visto sorprendidos por una epidemia de la que no se sabe su origen, la razón de su surgimiento en un lugar y un momento determinados. La sociedad de la información y las tecnologías de la comunicación, de los debates científicos, de la burocracia ilustrada, de los medios y las redes sociales omnipresentes, de la innovación y de la conquista del futuro, viajes al espacio incluidos, se ha revelado, en este caso, como profundamente descuidada e ignorante, al menos de entrada y en un primer momento, que dura ya más de un año.

Es obvio que mejorar la información sobre estos temas debería ser una prioridad de la sociedad; aunque es poco probable que la sociedad aprenda esta lección si no se pone a ello por sí misma, y no lo hace sin una dosis considerable de curiosidad, de empeño y de humildad.

Ello se debería combinar con el esfuerzo de los agentes públicos, y, a este respecto, la experiencia de la gobernanza del problema, bastante complicada, ha sido interesante. Por una parte, los políticos han intentado dar una imagen de responsabilidad y de capacidad, de tener las cosas bajo control. Pero, por otra parte, ha quedado en evidencia que la ambigüedad entre asumir el control (decretar el estado de alarma, establecer criterios para las medidas a tomar, explicar y justificar los grados y variedades del confinamiento, garantizar la distribución de las vacunas a tiempo) y coordinar y delegar la responsabilidad en las comunidades autónomas y los gobiernos locales ha sido, y es, el resultado de un tira y afloja un tanto errático.

En la medida en la que esto ha sido, y sigue siendo, así, estaríamos asistiendo a un proceso de aprendizaje dudoso por parte de los políticos – porque, en realidad, se trataría de un aprender no a cómo resolver problemas, sino a cómo hacer parecer que se resuelven. En el peor de los casos, sería el aprendizaje de cómo ir tirando; dejando que creciera un cierto barullo de información que facilitara la tarea de disimular los errores propios y poner en evidencia los ajenos.

Un clima de información desordenada y parcial (digamos, de bombardeo de números y de exclamaciones) genera, a su vez, la desconfianza del público en los políticos y los gestores de los asuntos públicos. Por otra parte, también podría suscitar en el público la añoranza de un modo de hacer las cosas distinto del habitual, en el que los desacuerdos entre los políticos se fueran solventando de manera razonada. A este respecto, sabemos que los ciudadanos desean que los políticos se pongan de acuerdo en torno a una política de gestión de la crisis, aun siendo conscientes de que, de todas formas, no lo harán así. Pero siempre cabe esperar que un día sus deseos se hagan realidad, gracias a que los ciudadanos, no en el mero momento electoral, sino con cierta perseverancia, insistan lo suficiente, con su voto y con otras actuaciones. Por el momento, la experiencia ha sido una de explicaciones desvaídas, y parece decantarse en entretener la fatiga de la ciudadanía, y acostumbrarla a obedecer mansamente, con arrebatos juveniles episódicos, en forma de un punto y un contrapunto de bailes y disturbios.

La necesidad de una conversación razonada y ecuánime

Cabría alertar al público para que éste se haga, por su cuenta, con una información mejor. Esto último sería factible, pero no demasiado fácil, dadas las tendencias dominantes en los medios y en las redes, que son las del amontonamiento de datos y la búsqueda de las noticias “impactantes”, e incluso de unas apresuradas dicotomías de “hechos versus falsedades” que no pocas veces disimulan un voluntarismo elemental – como si la ciencia o el simple sentido común pudieran desarrollarse sin pasar por la experiencia del experimento que se repite una y otra vez, la plausibilidad de una conclusión que se vuelve a cuestionar, y el juicio graduado y matizado que da lugar a una conversación razonada y ecuánime.

Esa conversación razonada y ecuánime sólo es posible si quienes se implican en ella lo hacen con la actitud de quienes escuchan con cierto espíritu de caridad las posiciones contrarias: es decir, tratando de comprender lo que los demás pueden querer decir, aunque se expresen confusamente.

Esto requiere cierta madurez emocional, y, a veces, la sociedad (políticos, profesionales, ciudadanos corrientes...) parece comportarse como si se sintiera un poco dejada de la mano, como menor de edad. Le angustia la pandemia – aunque han ido apareciendo las vacunas. Y le afecta una crisis económica que amenaza con ser gravísima – aunque, de nuevo, aquí se ha entreabierto el horizonte con la promesa de la ayuda europea, “grosso modo”, mitad en forma de créditos por devolver, mitad a fondo perdido.

Con todo, cabe reconocer que es muy lógico sentir inquietud al ver las cosas en España con cierta perspectiva espacial (su manejo de la pandemia, comparado con el de otros países de parecidas circunstancias, ha sido bastante deficiente) y con cierta perspectiva temporal.

Al fin y al cabo, todo esto ocurre contra el telón de fondo de una economía demasiado dependiente del turismo y de la construcción, relativamente poco industrializada, y de un bajo nivel de capital (social y) cultural, inducido a su vez por un nivel de calidad educativa entre medio y bajo, de lo cual el país ha tenido, y sigue teniendo, muy escasa conciencia. Todo ello ha sido el resultado de una serie de inercias acumuladas de varias décadas.

Y ahora, en esas condiciones, el país se tiene que enfrentar con un reto existencial como el de la pandemia con una capacidad de influencia en la escena internacional muy limitada y aquejado de divisiones internas importantes, territoriales y sociales – incluidas las generacionales, combinando los excesos de desigualdad con la precariedad en el trabajo de las generaciones jóvenes (y no sólo las jóvenes), y con la relegación a los márgenes de las generaciones mayores (con el caso límite de las residencias de mayores).

El horizonte sería oscuro. Quizá el país no se lo dice aún a sí mismo, pero lo intuye, lo percibe confusamente.

Pero tampoco conviene dejarse impresionar demasiado por ese escenario – basta con tenerlo muy en cuenta. Porque también es cierto que el país tiene un potencial de crecimiento muy notable; y que puede mirar atrás y recordar fases de crecimiento prolongadas, muy satisfactorias, con el resultado del desarrollo de un país de clases medias y de una población trabajadora con niveles de salarios reales al alza y un paro bastante contenido en muchos momentos. Amén de la erradicación del analfabetismo y un gran aumento del nivel de escolarización, por no hablar del aumento de la esperanza de vida.

Tanto aquel potencial de crecimiento como el de mejora social han reforzado, y, en definitiva, hecho posible, el funcionamiento de un estado de derecho, un sistema político democrático liberal que hasta ahora ha evitado lo peor de la partitocracia, y un “modus vivendi” entre diversas identidades territoriales o de otro tipo que, con todo, al menos hasta ahora, han mantenido un sistema de convivencia muy de agradecer, en especial, habida cuenta del pasado de guerra civil y de autoritarismo, y de un contexto internacional en el que las sociedades (realmente) iliberales tienen una presencia mayor.

Una respuesta de todos

Todo lo cual, lo positivo y lo negativo, debería llevar a centrar la atención en el tejido social (tejido asociativo, barrios, pueblos, comunidades de toda índole), y en el (deseable) protagonismo de la sociedad en la tarea de superar esta crisis. Esto último constituye una propuesta crucial, que contradice directamente un marco interpretativo de la crisis demasiado difundido, y erróneo, que hace del estado (y su entorno) el protagonista en la solución de la misma.

No es así, ni tiene por qué ser visto así. La economía se recobrará probablemente, en un plazo u otro – pero lo hará sobre todo gracias a empresarios de muchos tipos (siendo los más numerosos, los menos poderosos), trabajadores, familias, usuarios y consumidores; en otras palabras, gentes del común. Las administraciones públicas podrán llegar a manejar

los asuntos con mayor acierto – tanto más, cuanto más firme y razonable sea la presión del electorado a favor de políticas públicas efectivas y prudentes.

Pero, además, la actuación de los profesionales sanitarios y la reacción social tan favorable que aquella actuación suscita, nos alertan acerca del papel fundamental de otros muchos y diversos actores de la sociedad, sean éstos los médicos que curan, las fundaciones que promueven el debate público y la acción social sobre temas relevantes, las gentes de leyes que ayudan a resolver conflictos, las comunidades de vecinos y de barrios que cuidan sus espacios vitales, etcétera, etcétera.

Todos pueden contribuir a evitar una de las consecuencias que puede tener, que tiene ya, en parte, la pandemia, y en parte una forma de reaccionar contra ella con una mezcla de rutina y de “orden y mando”, de improvisación y de falta de explicaciones. Se trata de evitar la difusión de un sentimiento de aislamiento e impotencia, por parte de una ciudadanía ansiosa por volver a una variante de la normalidad anterior, rebautizada como “nueva normalidad”, y resignada a una adaptación incesante a los cambios, y a las órdenes.



El debate público sobre el coronavirus:
un test de políticos, profesionales y
ciudadanos

Rafael Calvo, 39
28010 Madrid
Spain

T (+34) 91 396 86 00
info@frdelpino.es
www.frdelpino.es

